

¿Crisis de la idea de sociedad?

Las implicancias para la teoría sociológica en América Latina

Manuel Antonio Garretón M.*

Hace ya más de diez años, Alain Touraine planteaba que había que desembarazarse de la idea de sociedad entendida ésta como una unidad de lo político, lo social, lo cultural y lo económico, es decir, como la unidad referencial de la acción social. François Dubet, colaborador de Touraine durante muchos años y uno de los más importantes representantes de otra generación de sociólogos franceses, retoma este tema y nos plantea la crisis de la idea de sociedad y la necesidad de redefinirla para evitar que la sociología abandone las grandes preguntas que le han dado sentido y se convierta en una pura constatación de la banalidad social.

Hemos indicado en otros trabajos que las dos referencias teóricas del objeto de la sociología, la sociedad y lo social, están cuestionadas por avances del conocimiento y por transformaciones sociales.

Lo social, desde los ángulos de otras disciplinas como la biología, la lingüística, la economía, las teorías de género, que erosionan las fronteras disciplinarias a veces con pretensiones totalizantes, o desde las técnicas de gestión y comunicación que, con débiles supuestos epistemológicos y teóricos, cosechan grandes éxitos en la solución de problemas prácticos y dan la ilusión de responder a las cuestiones de sentido individual y colectivo. Pareciera que las preguntas sobre la naturaleza de lo social no encuentran en la sociología la respuesta que desde su nacimiento se consideraba legítima y suficiente.

La idea de sociedad está cuestionada como el lugar referencial de la acción social, lo que ha sido reiteradamente señalado, por la simultaneidad de dos procesos. "Desde arriba", en la medida que el proceso de globalización destruye la idea de fronteras y de un centro endógeno de decisión. "Desde abajo", en la medida que las identidades y adscripciones se autonomizan de ese centro de decisión y se constituyen en su propio y básico referente de acción social.

* Director y Académico del Departamento de Sociología de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Chile.

REVISTA DE SOCIOLOGIA

La idea de sociedad es reemplazada, así, por la imagen del mercado o suma de individuos, o por la del flujo permanente entre subjetividades y estrategias, o por la de coexistencia de comunidades identitarias en las que se funden cultura y sociedad. La sociedad identificada a la idea de polis estalla.

La pregunta central, entonces, es si hay o no un espacio de sentido y referencial para la acción social que medie, y en qué consistiría esa mediación, entre individuos o tribus, por un lado, y el mundo globalizado de autorrutas y mercados de diversos tipos. Si lo hay, a eso llamamos en sentido fuerte y específico, y no genérico o metafórico, sociedad. Si no lo hay, entonces desaparece el concepto de sociedad, porque el mundo globalizado ni el mundo de las identidades constituyen lo que clásicamente entendemos por polis. La reiterativa alusión a la "aldea global" no resuelve este problema, sólo lo vuelve a señalar con una mala metáfora.

Para América Latina esta cuestión teórico-práctica es crucial. La idea de una sociedad concebida como unidad en la que los actores se constituyen a partir de una situación estructural en torno a su memoria histórica y en torno a proyectos y contraproyectos sobre ella y su futuro, es intrínseca al pensamiento social y a las disciplinas de las ciencias sociales, y es también constitutiva de la práctica social y política. Toda la sociología del desarrollo y la sociología política, que conforman el núcleo de la sociología latinoamericana, fueron una reflexión sobre sociedades históricas. El debilitamiento de estos campos y la preponderancia del debate en torno a los temas de modernidad contrapuesta a los de identidad, son expresiones de este cuestionamiento de la idea de sociedad. Lo que se discute es la existencia misma de una unidad política y analítica, que se asumía como un dato, sobre la cual había que actuar ya fuera para desarrollarla, integrarla, modernizarla, independizarla o transformarla radicalmente.

El análisis sociológico reconoce diversos niveles interrelacionados y mutuamente contaminados, pero también dotados de la autonomía que permite en cada uno la existencia de muy diversas teorías a veces contradictorias. Desde el nivel cero que analiza la conducta social, pasando por el de las interacciones, la organización, el campo institucional y la producción histórico-estructural o problemática histórica (historicidad en el lenguaje de Touraine). Las diversas teorías privilegiaron uno u otro, pudiendo definirse como ideología sociológica el uso de conceptos de un nivel para explicar fenómenos de otro, tal como la teoría de clases cuando intentaba comprender comportamientos sociales individuales o, al revés hoy día, la teoría de la acción racional que intenta explicar procesos y movimientos sociales a partir del denominado individualismo metodológico.

La idea de sociedad privilegió una imagen de conjunción o correspondencia de estos niveles, pero sobre todo se instaló en el nivel de producción histórico-estructural, es decir, el análisis de las estructuras, procesos, proyectos y contraproyec-

¿Crisis de la idea de sociedad?

tos que definen el destino de una colectividad, que atraviesan los otros niveles y en torno a los cuales se constituyen los actores sociales. La teoría de clases, de la sociedad industrial o moderna y sus cambios, del capitalismo-socialismo, del cambio social y las revoluciones, en cualquiera de sus versiones y sesgos ideológicos, correspondían a este nivel. La demanda por teorías de alcance medio y las elaboraciones de ellas tenían la ambigüedad de, a la vez, abordar autónomamente otros niveles, pero también de intentar dar cuenta de la problemática socio-histórica desde ellos.

La sociología en América Latina, y de ahí quizás su importancia ideológica y política, fue, como hemos dicho, básicamente sociología del desarrollo y sociología política. Su preocupación y su aporte estuvieron radicados principalmente en el nivel de problemática socio-histórica o de producción histórico-estructural. Ya se trataba de fenómenos políticos, económicos, de estructura social o cultural, ellos fueron siempre definidos y analizados en este nivel. Los actores considerados fueron siempre aquéllos de mayor densidad histórico-estructural, es decir se identificaron siempre como sujetos, despreocupándose de actores que no participaban de esta problemática. La preocupación y aporte en los otros niveles de la acción social, tanto de la teoría como de la disciplina sociológica en general, fueron débiles o inexistentes, adoptando las teorías y metodologías de otros contextos para su análisis o haciendo depender sus características directamente del nivel socio-histórico.

Es precisamente el nivel que acusó el mayor desarrollo en la sociología latinoamericana, el que aparece hoy día más deficitario, orientándose los aportes y preocupaciones hacia todos los otros niveles de la acción social (comportamientos, interacciones, organización, instituciones), o convirtiéndolos en sustitutos ideológicos de la problemática histórico-estructural. Ello sin duda tiene que ver con el cuestionamiento, crisis u ocaso, como se le quiera llamar, de la idea fuerte y específica de sociedad y, más específicamente, de la idea de modernidad asociada a ella.

En efecto, las teorías sociológicas centradas en el nivel de problemática socio-histórica, supusieron una misma definición de sociedad "moderna", con variantes de grados y de estructuras internas, pero a partir de una misma matriz conceptual, y un concepto unívoco de "modernización", aunque hubiera diversos tipos o estilos. Hoy se ha perdido la ingenuidad sobre "la" modernidad, entendida sociológicamente como la forma societal en que se constituyen sujetos, y se reconoce que no es sólo desde la vertiente racional que ello ocurre, sino también desde la expansión de la subjetividad y de las identidades y memorias colectivas, pudiendo la tradición, desprendida de sus atavismos meta sociales, ser también una dimensión constitutiva de sujetos, es decir, moderna. Es por ello que no hay "la" modernidad definida fuera de los sujetos o como un estado o meta al que cabe llegar, si-

no que la combinación de todas las dimensiones señaladas en un determinado ámbito, configura diversos modelos y experiencias de modernidad, a los que no se "llega" sino que hace tiempo que se están produciendo y reproduciendo endógenamente. No hay, entonces, un tipo societal único identificado a la modernidad, como por ejemplo lo fueron la sociedad industrial o la sociedad capitalista en un momento, ni sociedades concretas que se definen por su mayor o menor distancia a dicho tipo societal. No hay tampoco teoría de dicho tipo societal, en la medida que éste no existe.

El otro componente de la problemática socio-histórica de una sociedad era el proceso de desarrollo o modelo de modernización, generalmente asociado al tipo de sociedad "moderna" al que se esperaba llegar. Aquí, la cuestión fundamental radica en que, como ha sido señalado por algunos, llega a su fin el modelo de desarrollo basado en Estados nacionales movilizados en torno a los cuales se organizaban los actores de la producción industrial (principalmente clases) en la lucha por la dirección del proceso, la posesión de los recursos y la distribución de los beneficios. El eje pasan a ser ahora las fuerzas transnacionales de mercados globalizados y el problema crucial es la reconstitución de la capacidad de la acción de la sociedad sobre sí misma, es decir, la reconstrucción de los actores sociales, del Estado y la política. Y no existe teoría de este nuevo modelo de desarrollo y modernización ni de sus alternativas, como sí hubo teoría del capitalismo, del socialismo, del nacional populismo, del fascismo, del tercer-mundismo o la social democracia.

El paso complejo de un modelo genérico de desarrollo o modernización que se dio a través de Estados nacionales a uno en que el eje lo constituyen las fuerzas de mercado transnacional y globalizadas, tuvo como punto visible los llamados ajustes estructurales. Pero éstos, al igual que la principal teoría ideológica que los presidió, el neo-liberalismo, y que no puede identificarse ni con los ajustes ni mucho menos con el fenómeno de globalización, representan mucho más un punto de ruptura que un modelo coherente de organización de la sociedad. La pretensión totalizante del neo-liberalismo de volver a identificar modernidad con un tipo de modernización, no tuvo ninguna seriedad teórica y su vida fue muy efímera.

En América Latina todo esto tuvo su expresión en el término de la época nacional popular, en el eclipsamiento de sus principales actores y en el desaparecimiento de los grandes paradigmas analíticos del desarrollo. En su reemplazo, o políticas pragmáticas de adaptación y corrección a partir de los ajustes, o recomposiciones precarias y desencantadas de actores sociales y políticos. En el plano teórico, invasión del nivel socio-histórico por visiones que provienen del campo de comportamientos individuales, organizacionales o institucionales o proclamación de la identidad entre modernidad y un tipo de modernización a través del neo-liberalismo, en sus versiones derecha o izquierda, o la respuesta del sujeto identitario casi siempre de tipo religioso.

¿Crisis de la idea de sociedad?

El nivel de producción histórico-estructural, historicidad o socio-histórico, como quiera llamársele, está constituido hoy por dos grandes cuestiones que ya no tienen ni modelo teórico cierto ni modelo histórico referencial. Por un lado, la redefinición de la modernidad en términos de nuevas dimensiones que abren campos a modelos y experiencias diversas y propias de modernidad, generando sujetos históricos distintos de los conocidos hasta ahora. Por otro lado, la transformación del modelo de modernización o desarrollo vigente los dos últimos siglos. En este vacío de certidumbres, es normal que las teorías y prácticas de otros niveles de la acción social invadan temporalmente el campo que antes ocupó la sociedad-polis y sus teorías y proyectos y contra proyectos históricos.

La idea de sociedad, como se ha dicho, remitía a una cierta correspondencia entre un modelo cultural, un sistema económico, una estructura social y una organización política. Las diversas teorías a este respecto se diferenciaban respecto de las formas de correspondencia y de cuál de estas dimensiones determinaba a las otras. Hoy asistimos a dos fenómenos fundamentales a este respecto. En primer lugar, como lo indica Dubet en su artículo, ya no existe una correspondencia de estas dimensiones en un determinado espacio territorial. Modelos culturales, sistemas políticos, modos de producción y organización social de muy distinta índole coexisten en un mismo ámbito y no se refieren el uno al otro como requerimientos o como efectos mutuos. En segundo lugar, ninguna de estas dimensiones obedece a una determinación esencialmente fijada por parte de otra sino que cada una tiene su propia dinámica y las mutuas determinaciones son precarias, parciales y temporales. Es posible discernir, contrariamente a lo que sostienen los llamados posmodernismos, una regularidad estructural en las relaciones entre estas dimensiones y hasta determinaciones en uno u otro sentido, sólo que ellas no son unívocas y no obedecen a una ley natural de la historia sino a una creación histórico-social.

La conclusión es que la política es la única dimensión que puede si no unificar estas dimensiones en un solo modelo societal, lo que sería volver al viejo concepto de sociedad, mantenerlas en tensión y relación entre sí, en el entendido que ninguna de ellas se agota en el espacio territorial de una sociedad. La teoría sociológica es, entonces, la teoría de la articulación de estas dimensiones cada una autónoma y dotada de su propia dinámica y actores, que a veces se encuentran y otras no, con la política. La sociedad-polis es el espacio en que se da el encuentro, tensión y articulación de estas dimensiones que no se corresponden unas con otras. El sujeto-actor es aquél que, en términos de Dubet, es capaz de "experimentar" esta articulación. Ello es la única manera de quitarle al concepto de experiencia su riesgo de connotación psicológica y de reducir el sujeto al actor individual.

En el caso de la sociología latinoamericana, la idea de matriz socio política o matriz constituyente de actores sociales que hemos desarrollado en otros traba-

jos, concebida como la relación entre Estado, sistema de representación y base socio-económica y cultural de actores, mediadas por el régimen político, busca precisamente dar cuenta de esta disociación y encuentro entre las cuatro dimensiones.

Volvemos entonces a la pregunta inicial sobre la posibilidad de pensar un espacio de sentido y mediación entre individuos y tribus, por un lado, y el mundo globalizado, por el otro. Ese espacio puede y debe ser la sociedad-polis, pero ya no concebida como una correspondencia o coherencia entre sus dimensiones constitutivas, sino como la articulación precaria, a través de la política, de dimensiones que se dan en parte dentro y en parte fuera de ella, siendo la experiencia de esta articulación lo que convierte a los actores empíricos, atomizados o reactivos, en sujetos históricos.